



La Tierra Prometida

por Gunter Silva Passuni

Ésa mañana Sebastián se despidió de su abuela y sus hermanos. Mientras caminaba cuesta arriba, vio cómo las tres sombras, paradas debajo del marco de la puerta, se empequeñecían hasta formar un bulto negro que luego se fue diluyendo a medida que avanzaba. Cuando tomó el viejo autobús que lo llevaría a Londres, lo único que sabía era que sería un largo viaje. Un hombre barbudo cogió su mochila y la tiró con desgano dentro de la bodega.

Al subir al bus, lo primero que notó, fue la cantidad de gente de su edad, acaso de su misma calle. Llevaban vaqueros envejecidos y artefactos minúsculos que reproducían música, y que a través de cables como serpientes, se conectaban a sus oídos. Todos sabían de algún modo que eran privilegiados, o al menos eso supuso Sebastián. Los que partían en busca de la tierra prometida.

Cuando el bus partió, Sebastián tuvo la sensación de estar dejando un pantano podrido que se iría secando con el tiempo. A lado suyo había una muchacha delgada que miraba por la ventana, parecía sumergida en sus pensamientos. Sebastián cruzó un par de palabras con ella, tenía un color de cabello hermoso, pero maltratado o reseco como hojas de otoño.

—¿Vas por trabajo?

—No, no. Voy a aprender inglés, — respondió ella sin quitar la vista de la ventana. Unos instantes después sacó un libro gordo, de tapa negra. Él miró de reojo y reconoció el formato de la Biblia, la triple línea por cuartilla, las numeraciones por



párrafos. Cuando el sol cayó en el horizonte, la muchacha habló, «vi un aviso, ofrecían cuidar viejos en Londres». Cerró su Biblia con meticulosidad, volteó a verlo y se quedó observándolo por unos segundos.

— Lo sabía.

— ¿Sabías qué? — contestó ella, meneando la cabeza.

— Todos en este bus necesitamos trabajar.

— Lo siento, no quería mentirte — dijo la muchacha con voz baja.

— No te preocupes, no debí haber hecho una pregunta tan personal,— dijo con tono arrepentido, — a propósito, soy Sebastián Kowalski.

—Encantada — respondió estirando la mano y luego añadió — : Magda.

Después que el bus trajinó un largo tramo, ella recostó su cabeza sobre los hombros de Sebastián. Él abrió los ojos, al principio se le hizo raro el contacto físico, pero poco a poco, el peso de la cabeza de Magda fue incorporándose a su ser hasta sentirlo como algo suyo, un miembro perdido que volvía a reencontrarse con el resto de su cuerpo. Por culpa del cansancio, Sebastián cruzó de país en país sin advertirlo. Los asientos eran estrechos y se respiraba sudor y miedo, pero eso no fue impedimento para que sus párpados pesaran como elefantes. En la madrugada se oyó la voz del conductor «última parada *Victoria station*. Gracias por preferir EuroLines».

A los 87 años es difícil encontrar trabajo — dijo la abuela, secando las vajillas con un trapo descolorido. Los muchachos sospecharon que una tempestad de cambios estaba por venir. Lo advirtieron por el tono en su voz. Las palabras salieron solemnes desde su boca desdentada.

Pavel y Patrick estaban parados frente a ella, como soldados que se resignan a cumplir cualquier orden suicida. Sebastián, el hermano menor, apoyaba su cuerpo contra una de las columnas de madera apolillada, tenía la mirada gacha y había cruzado sus zapatos de goma.

— He pensado en enviar a uno de ustedes a Londres, en este país las cosas sólo empeoran día a día — aseveró la abuela y apuntando con una un cuchillo al techo agregó —: Sebastián es el más brillante de los tres...

Patrick soltó una risita carrasposa como la de una hiena herida, fue una risa que sonó particularmente ofensiva. La abuela lo miró con ojos condenatorios.

— Desde la muerte de sus padres nos hemos ido empobreciendo, — continuó hablando la abuela. — Todo se ha venido al suelo.

— La muerte —repitió Pavel como un eco lejano.

La cocina desprendía un turbio olor a ceniza y ajos. Sebastián dobló los brazos y suspiró, como si dentro de sus planes nunca se hubiese figurado salir de Polonia. Una marca de fastidio se apoderó de su rostro.

— No es ninguna broma Sebastián,— afirmó la abuela duramente — una vez en Londres, nuestro futuro económico estará en tus manos.

«Hemos heredado un país moribundo» soltó uno de los hermanos, Sebastián no supo distinguir de cual de ellos pero le pareció una frase inteligente.



Acto seguido, la abuela colgó el trapo húmedo sobre el radiador de metal oxidado. Se hurgó la nariz con el dedo índice, caminó hacia él y le dijo tomándole del hombro: «todo va estar bien, tu tía Ania dice que tu inglés es excelente».

Al día siguiente fue a comprar una mochila negra que más parecía una bolsa de las que se usan en campamentos de verano. Era el artículo más barato en la tienda, quizá fuese de segundo uso o robada, pero aún así, pidió una rebaja. Por esos días no hablaba mucho con sus hermanos mayores, tampoco tenía muchos amigos, en realidad era el tipo de persona que parecía estar contento consigo mismo, alguien que tenía todo resuelto y definido de antemano en la vida.

Una noche, mientras veían fútbol en la tele, Pavel dijo «nos hemos reducido a vivir bajo la sombra de Sebastián».

— No te preocupes, nos beneficiaremos del muchacho una vez que se establezca en Londres y empiece a enviar dinero — contestó Patrick, sin sacar los ojos de la pantalla. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y apareció Sebastián, la tele transmitía un comercial de cerveza belga.

— Pavel estaba hablando de ti, — dijo Patrick.

— ¿Qué decía?

— No mucho, que tienes suerte de viajar a Londres,— respondió Patrick y acomodó un cojín sobre su cabeza. — El mercado laboral acá se ha deteriorado demasiado.

— Ustedes dos tienen trabajo.

— Sí, pero que de qué tipo, nos tratan como burros de carga y nos pagan una miseria. Los ingleses en cambio saben apreciar al trabajador, son tolerantes y respetuosos.

— ¿Y cómo lo sabes? — intervino Pavel, con una voz saturada por el alcohol.

— Lo sé, es lo que se escucha, — contestó Patrick de mala gana.

En la fría madrugada en *Victoria Station*, Sebastian advirtió que la luna aún alumbraba como un farol fantasmal y la ciudad parecía desierta, pensó que era extraño llegar a un país tan peculiar. Se despidieron con un apretón de manos, Magda le deseó suerte. Él partió rumbo al este de la ciudad, había reservado una cama en una pensión de mala muerte. Allí lo recibió una mujer gorda, quien muy amable le mostró el baño común y la habitación, después le explicó algunas reglas. Cuando por fin abrió la puerta de su habitación, un vientecillo a pies y sobaco le pegó súbitamente como un tiro en la cabeza, las aletas de su nariz titilearon como moluscos marinos. Luego de recuperarse, pudo notar que no había ventanas en la pieza. Descubrió una litera desocupada con una colchoneta achacosa y llena de grasa. Arrojó su mochila al piso, se sacó los zapatos, las medias, el jean, y se estrelló contra ella como un *crash test dummy*.

En un estado de sueño y realidad vio gente salir y escuchó ruidos en forma de campana y varios timbres que se mezclaban con bostezos y pedos. Cuando finalmente despertó ya no había nadie en la habitación. Buscó su jean en el suelo y de un bolsillo



oculto en la cintura sacó un fajo delgado de billetes, los contó varias veces como un enfermo obsesivo-compulsivo, pero la cantidad no se multiplicó. «Estoy contra el tiempo», pensó.

Se vistió rápido y se pasó una mano apresurada por los cabellos, En la calle compró pan francés, estrecho y largo. Luego se dirigió al centro de la ciudad. Entró a cafés, restaurantes, tiendas de ropa, perfumerías, y por último también a lugares donde vendían aparatos electrónicos preguntando por trabajo. La mayoría le respondió con un simple «no necesitamos gente por ahora», algunas dependientas más amables le recomendaron traer su cv. En una tienda de electrodomésticos le sugirieron llenar un formulario *online*.

Al final del día, las piernas le temblaban y el zapato le había sacado ampollas en los pies, regresó desecho y compró una sopa china instantánea, la mezcló con agua hirviendo, los noodles engordaron como gusanos y Sebastián los comió con ganas.

Los días pasaron y se dio cuenta de que el dinero se desvanecía de sus manos como niebla en verano, llevaba dos días sin comer. La gorda de la pensión, había guardado su mochila en otra habitación. «Como garantía», dijo.

A la mañana siguiente no se levantó, se quedó tendido en la cama hasta el mediodía, pensó que serían sus últimas horas bajo una sábana caliente, era mejor aprovecharlo. Cuando pensó que todo estaba perdido, hojeó el periódico que habían dejado tirado sus compañeros de cuarto. Leyó en voz alta un anuncio que decía, «Urgente, se necesita payaso para animar fiestas infantiles». No vaciló dos veces y voló hacia la dirección que se indicaba en el anuncio.

Atravesó la ciudad en bus y caminó otro trecho a pie, las calles eran de cartón, al menos él las sintió así, frágiles, como si en cualquier momento pudieran hundirse y arrastrarlo al fondo eclipsado del abismo. Allí lo vistieron con traje de payaso esa misma tarde, el mameluco marrón con motes amarillos le quedaba grande y cuando se vio al espejo, se sintió ridículo. Se colocó la bolita roja sobre la nariz y pensó en un tomate suspendido en el aire. A la semana siguiente lo echaron. «No sonrías» fue la única explicación que le dio la mujer que lo contrató. Metió el cheque que le extendió en el bolsillo y caminó sin rumbo por la ciudad, no estaba triste pero corría por sus venas una cápsula de incertidumbre, que a medida que avanzaba, se convertía en preocupación. Casi entrada la noche, cobró el cheque, se sentó en una banqueta y empezó a escribir en la parte trasera de una postal:

Querida Abuela,

Ya estoy en Londres, espero encontrar trabajo antes del invierno. La situación está difícil por ahora, pareciera que todos los negocios estuviesen detenidos. No tengo nada más que escribir, sólo enviarles mis saludos. Cuando encuentre trabajo no me olvidaré de ustedes.

23 de Octubre 2008.



Decidido a cuidar lo poco que tenía, empezó a comprar una sola comida diaria, en una semana había bajado al menos cuatro kilos, la piel de su rostro se había pegado a su estructura ósea, lo que le daba una cierta dureza a su apariencia, muy a pesar de ello, un día, Magda lo reconoció en la calle.

— ¿Me invitas un café? — preguntó con voz provocadora.

Él le ofreció un té, su presupuesto no alcanzaba para un capuchino. Sentados bajo un toldo verde con las inscripciones de *Starbucks*, él le confesó lo pésimo que le había ido como payaso. Magda reía de cuando en cuando y lo escuchaba hablar, después le anotó en un servilleta una dirección. «Los polacos son cotizados en la construcción, deja a los italianos que se encarguen del circo» dijo.

Caminaron un trecho de la ciudad agarrados de la mano, al despedirse se besaron en los labios. «Magda tenía labios fríos pero deliciosos» pensó Sebastián.

— Estás flaco como un palo de tejer, — gritó Magda con una sonrisa mientras se alejaba.

— Hoy se acabó mi mala suerte, prometo engordar, respondió él desde el otro lado de la vereda.

La ausencia de ventanas le había incomodado las primeras semanas, después, al descubrir que el cielo londinense nunca se abría, empezó a sentirse a gusto en ese cuarto repleto de camarotes; además, el trabajo en construcción era duro, salía temprano a trabajar y cuando regresaba, estaba tan cansado que dormía como un sedado de sanatorio público, pero fue a insistencia de Magda, que Sebastián empezó a buscar un cuarto más grande. Al cabo de poco, encontró uno atractivo, ese mismo fin de semana terminó mudándose, y sin darse cuenta Magda había hecho del nuevo espacio su hogar, para aquel entonces, ella había sido despedida de su trabajo y se le veía deprimida aunque su cabello había empezado a cobrar vida.

— Postal de Londres — chilló Patrick. La abuela salió del callejón y se la arranchó al vuelo. Leyó las palabras de Sebastián con desasosiego, pero al leer la parte en que decía: «*cuando encuentre trabajo no me olvidaré de ustedes*» una sonrisa iluminó su boca desdentada. Patrick en cambio leyó en silencio y se limitó a musitar algo ininteligible. Cuando le pasaron la postal a Pavel, éste la agarró como quien coge a un animal muerto, tenía la mirada huidiza y con la voz vacilante e irónica sentenció: «que Dios lo bendiga».

Magda había encontrado una iglesia cerca de donde vivían y se había hecho muy devota de ir a misa cada domingo. En una oportunidad lo invitó a Sebastián, él rechazó la idea.

— Eres un ateo.

— Soy un ateo — respondió él con convicción.

— No sabes lo que dices, no sabes todo lo que hace la iglesia por nosotros.

— La iglesia no hace nada por mí, yo vivo de mi trabajo — respondió incómodo Sebastián.

— Suenas a pobre resentido.



— Me importa un pepino si la iglesia se pudre en su riqueza.

— La riqueza del Vaticano es exclusiva de la iglesia— objetó ella. — El Papa no es el ministro de economía del mundo, y el Vaticano no es un centro de caridad si no más bien un centro de fe.

— No he dicho que la función del Papa sea solucionar los problemas económicos del mundo. Él está muy ocupado negociando con la mafia, persiguiendo homosexuales, reprimiendo mujeres...

Quiso continuar alegando razones contra la iglesia pero se detuvo de golpe, pensó que toda esa ira probablemente venía del agotamiento físico y del estrés del trabajo. Lo último que deseaba era herir a la persona que compartía su vida. Magda tomó su Biblia y se la llevó al pecho, luego abrió la puerta y salió rumbo a la iglesia, antes de cerrar la puerta murmuró «voy a rezar por tu alma».

Unos días antes de Navidad, Sebastián envió dinero a su abuela. En un sobre metió un cheque y una pequeña nota que decía:

Querida Abuela,

Ahora les informo que tengo un trabajo, es bastante agotador, pero creo que en Londres mi vida ha crecido diez veces más que en casa. Voy a enviarles una suma semanal (me pagan cada sábado). También quiero contarles que tengo novia, se llama Magda, y es una buena muchacha. La suerte ha tocado mi puerta. Feliz Navidad!

22 de Diciembre 2008

A principios de año, Magda sugirió ir a una fiesta con sus amigas, ese día Magda se encontraba alegre, como si el Año nuevo hubiese aflorado en ella un espíritu optimista y risueño.

— Lo siento, no puedo la noche del viernes, — contestó Sebastián. — Seguimos trabajando duro en la obra. Taylor-Wimpey están presionando para que la construcción quede acabada a más tardar en febrero.

Magda no respondió, se quedó callada, agarró un periódico, buscó un bolígrafo y se sentó en una esquina a rellenar el crucigrama. Sebastián la observó un momento. Tenía las piernas cruzadas y el periódico sobre la falda. Una mano sujetaba el bolígrafo como si fuese un puñal y la otra sostenía su cabeza, de vez en cuando jugaba con su cabello, estaba rara desde que la habían echado del trabajo.

Aquel viernes, Sebastián regresó a casa hecho añicos, con el suéter empapado de transpiración y el mameluco cubierto de polvo y cemento. «Ya llegué», dijo. No hubo una respuesta, se sentó en el salón y se sirvió un pequeño vaso de jugo de naranja. Un sonido sordo y seco atrajo su atención. Caminó hacia el fondo y empujó la puerta del dormitorio. Magda estaba sentada al borde de la cama, las manos le cubrían el rostro, sollozaba en silencio.



— ¿Cuál es el problema? — preguntó, mientras veía con aflicción como los dedos de Magda se deslizaban por sus mejillas, para luego intentar apartar los riachuelos de agua que corrían lentamente.

— No lo sabes, ¿verdad? — se atrevió a contestar desafiante.

El tono brusco de Magda hizo que Sebastián contestara cortante sin proponérselo.

— No, a menos que me lo digas.

— Llegas a casa tarde todas las noches ...

— He llegado temprano hoy.

— Para pasar el resto de las horas durmiendo o hablando de tus colegas que sólo disfrutaban de ladrillos.

— Mis colegas están en la misma situación que yo, Magda. Por supuesto que tenemos cosas en común — contestó agitado. Se quitó el suéter y lo colgó sobre una silla. Después continuó más pacífico. — muchos de ellos hablan polaco.

La mirada en los ojos de Magda fue cambiando de nublado y lagrimoso a un rojo ardiente, como luz que parpadea *stop* en los semáforos.

— Eso es todo, ¿no es así? La gente de Taylor-Wimpey dice esto... dice el otro. Ahora sólo te interesa el trabajo y el dinero...

— Hace más de dos meses que estás sin trabajo, quién crees que paga el arriendo, la comida...

«Ahora soy yo la culpable», dijo Magda encrespada, después caminó hacia el baño y tiró la puerta. Él se levantó, calentó su comida, unas lentejas con trocitos de tocino que ella había cocinado esa tarde. Comió sin mucha hambre pero terminó su plato, cuando la observó ella se veía abstraída y cansada.

Al cabo de unos meses Sebastián decidió visitar a su familia. Lo recibieron con alegría y extrañeza. Les pareció otra persona, sabían que no era el mismo Sebastián que había partido a Londres meses atrás. La abuela no se refería sólo a su transformación física, de lo que todos estaban sorprendidos, había aumentado de peso considerablemente, llevaba una barba descuidada y vestía más sobrio, sino más bien les extrañó su actitud, su postura. Sebastián era un hombre maduro.

Con el dinero que enviaba, la abuela había hecho algunos arreglos a la casa: ampliado la cocina, pintado los cuartos y un sofá de cuero negro había aparecido en el salón de sala. Sin expresarlo ni llegar a presumirlo, Sebastián se sentía dueño de ese progreso.

En la tarde invitó a salir a sus hermanos. En el bar, algunos muchachos del pueblo lo reconocieron como en los viejos tiempos, pero esta vez, varios de ellos se acercaron a saludar a Sebastián, él, en ese mismo instante supo lo que estaba ocurriendo en aquél salón.

— Viejos fracasados, — murmuró Pavel mientras sorbía su *chop* de cerveza.

Otros jóvenes se le unieron a la mesa para preguntarle cosas sobre la vida en Londres. Sebastián dio respuestas vagas. Una vez que se quedaron solos, recordó



algunas anécdotas de sus años en la universidad, se lamentó de no haber podido concluir la carrera, aquella conversación fue más una especie de monólogo y divagación, sin embargo, los hermanos lo escucharon con atención y asentían obedientes como colegiales.

Patrick y Pavel agotaron todos los esfuerzos llevados a cabo para subrayar lo extraordinario de su visita, y para contar algo sobre ellos, pero Sebastián después de varias copas de vodka se encontraba impenetrable. Hubo un segundo, cuando Pavel dijo que lo extrañaba, algo cambió en el semblante de Sebastián, sus mejillas enrojecieron. Después Sebastián ordenó a la muchacha que atendía en el bar una rueda más y se quedó acariciándose la barba rala. Volvió a mirar a su hermano y los ojos de Pavel, no le transmitían mirada alguna, parecían detenidos en un instante sin tiempo, eran unos ojos escarlata producto del trago.

De regreso a Londres, Magda había comprado un mantel plastificado para la mesa y había colocado cortinas en la ventana, la tela era brillante y habían elefantes y flores, soles y luceros, y cantidad de dibujos geométricos estampados en la tela. A él no le gustó, no estamos en la India, quiso decirle, pero se contuvo. Salió al jardín comunal de la vivienda y caminó sobre el manto verde, segundos después apareció el jardinero, tenía que fumigar la yerba mala, dijo. Le ofreció un cigarro, Sebastián negó con la cabeza «yo fumó cosas más fuertes», dijo. Hablaron del clima y luego de las mujeres.

— El amor es una lección que sólo las mujeres pueden enseñarte — dijo el jardinero, mientras arrancaba una enredadera que había cruzado desde la casa vecina.

La tarde era calmada, pero la cabeza de Sebastián estaba enardecida, muy en el fondo sabía que la relación con Magda se había enfriado, que en más de una vez la encontró insoportable, se peleaban por cualquier tontería. Cuando regresó al cuarto, Magda los había estado observando desde la ventana.

— ¿De qué hablaban?

— Del pasado — mintió él.

— Los polacos viven pensando en su pasado, mirando siempre atrás, nunca hacía el futuro, dijo Magda en tono de sermón.

Dentro del cuarto se derretía un aire delgado y espeso a la vez, él no quiso contestar, sabía de antemano que iba a ser rudo, pero si no contestaba estaría enviando un signo de batalla.

— Los polacos, los polacos — se limitó a decir en voz baja.

Cuando Magda salió a comprar arroz para hacer la cena, sacó una puñado de yerba de su bolsillo, abrió el cajón del velador y encontró el libro gordo y negro, lo abrió y buscó los capítulos finales, una vez que encontró la parte del Apocalipsis, arrancó una de las hojas y empezó a envolver su hebras marrones y secas. En una de las esquinas de la Biblia leyó: “ Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. Terminó de enrollar, sacó algunas pepitas de la punta, prendió y fumó rápido. Después, roció desodorante en toda la pieza.



— Cuando pasé de ser un empleado eficiente a uno ineficiente —, dijo Sebastián cuando se enteró que estaba despedido. La empresa tenía que reducir el diez por ciento de su personal por una cuestión de ajuste contable, su jefe no contestó la pregunta y Sebastián sabía que la orden venía de más arriba. Se metió en el pub y ordenó un vodka, quería alejarse, huir, pero no sabía muy bien a dónde ir, sintió escalofríos y pensó que quizás fuera la ciudad. Una ciudad donde no se ve niños jugando en las calles es una ciudad que aterroriza se dijo mientras agitaba el hielo dentro de su vaso.

Esa noche en casa, encontró a Magda quitando las bolitas de lana que se habían formado en la superficie de su suéter, él le relató lo sucedido, un hondo silencio los separó momentáneamente.

— No vas a decir nada.

— Qué quieres que te diga, nunca estás de acuerdo conmigo, agregó Magda y continuó rasgando las pelusas.

— Se puede ser esquimal, se puede ser fenicio, pero hay que ser tonta para no darse cuenta que sin trabajo estaremos en la calle en un par de semanas,— contestó Sebastián en voz alta, después salió y se quedó mirando cómo la noche se comía el último haz de luz. De pronto, el frío empezó a llegar en forma de lluvia, Sebastián no se movió, cuando estuvo muy mojado y su cuerpo tembló contra la frialdad de la ciudad, lloró en silencio.

Al día siguiente sintió dolor de cabeza, sabía que era su culpa. No debió mojarse en la lluvia, pensó. Magda lo miró serena, y Sebastián supo que ella tenía una idea brillante que los sacaría de la ruina, al menos de forma fugaz.

— Consigue un préstamo — dijo Magda, y en silencio puso a hervir el agua para el café.

En la tarde Sebastián regresó a casa, el banco le había prometido el dinero para el día siguiente a primera hora, no era mucho, pero suficiente como para tener unos cuatro meses sin preocuparse por la comida ni el alquiler. Se sentía mareado y pensó que la fiebre trepaba su cuerpo, se miró al espejo y en el reflejo vio a un hombre enfermo, se sacó la cazadora y cayó dormido. En la madrugada vomitó un par de veces.

— No me has dejado dormir — dijo Magda molesta al amanecer —. ¿Quieres un café?

Sebastián respondió con un sonido monosilábico, pudo ser un ruido de dolor o una afirmación. Magda le tocó la frente y sintió que su cara quemaba. — Voy a la farmacia—, le dijo.

Sebastián hizo el esfuerzo de meter la mano a su bolsillo y sacó una tarjeta de banco, se la entregó y recitó cuatro dígitos, después se volteó boca abajo y Magda lo cubrió con una manta marrón. «ya regreso», oyó decir a lo lejos.

Los vómitos volvieron y Sebastián no tuvo las fuerzas para pararse y llegar al baño, arrojó sobre el borde de la cama, miró el reloj en la pared, eran las tres de la



tarde. Magda no había regresado. Miró alrededor y no vio las maletas de Magda, en el suelo tampoco estaban sus cuatro pares de zapatos, entonces comprendió que Magda no regresaría, que la ciudad se la había tragado en algún momento, en algún lugar donde los niños habían dejado de jugar en sus calles.

La mano le sudaba y sintió como su corazón le bombeaba toda la sangre a la cabeza. Intentó voltearse y su mano derecha se estrelló en el suelo. Sintió el frío del piso, su mano se arrastró un poco y se topó con un libro gordo, de tapa dura. «Se olvidó su Biblia», pensó. La acarició unos minutos, y no supo si era la fiebre o el tiempo que había transcurrido, la que había convertido la Biblia de Magda, en bolitas de lana.

Gunter Silva Passuni (1977) es un joven escritor peruano. Originario de Lima, creció en La Merced - Chanchamayo, la ciudad de su padre. En la juventud se mudó a Lima y luego a Arequipa. Desde hace diez años reside en Londres, adonde viajó para alejarse de los séquitos de la violencia política de los años '80 y '90, de las tensiones entre terrorismo y Fuerzas Armadas, de la crisis económica, de la pesadilla de la inflación y de la devaluación. Como muchos de sus coetáneos, hijos de una clase media de respiro cosmopolita, creció con la mirada hacia afuera, pensando en la migración como posibilidad de supervivencia, pero también de evolución artística y descubierta del panorama literario que hasta aquel entonces formaba parte solamente de una biblioteca. Esta trayectoria personal lleva al autor a concentrarse en los temas de la migración, guiado por el compromiso de mostrar la excepcionalidad del estatuto epistemológico del migrante, la fragilidad de su figura, las paradojas de una urbe y de una sociedad globalizada. Una constante en su obra es la preocupación por captar la identidad latinoamericana en el conjunto del elemento migrante, en tierras anglosajonas. El inédito *La Tierra Prometida* nace de un encuentro real, con un joven polaco, Sebas, que pedía dinero en las calles londinenses para poder volver a casa. Cargaba una Biblia de tapa negra y decía que Londres solo le había traído sufrimiento. Gunter Silva Passuni es autor de las colecciones de cuentos *Crónicas de Londres* (Atalaya, Lima, 2012) y *Homesick* (Sub-BM, Miami, 2013). En la actualidad está trabajando en una novela sobre el recurrente, doloroso y siempre estimulante tema del amor.

gunter.silva@yahoo.co.uk